

el número de esos profanadores, cuántos cristianos han perdido la fe a causa de sus sacrilegios ! ¡ Ay, H. M. ! al ver tantos cristianos que no reciben los Sacramentos, o que los frecuentan muy de tarde en tarde, no busquemos otras causas que los sacrilegios por ellos cometidos. ¡ Ay ! ¡ cuántos hay también a quienes los remordimientos desgarran la conciencia, se tienen por culpables de tremendos sacrilegios, y aguardan la muerte en un estado capaz de hacer temblar el cielo y la tierra ! ¡ Ah, H. M. ! no lleguéis más allá, ya que no habéis alcanzado aún el estado miserable de aquel desgraciado réprobo de que os acabo de hablar ; mas ¿ quién os asegura que, antes no llegue la hora de la muerte, no seréis, como él, abandonados de Dios y echados al fuego ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ cómo poder vivir en tan espantoso estado ? ¡ Ah, H. M. ! aun estamos a tiempo, volvamos sobre nuestros pasos, echémonos a los pies de Jesucristo, escondido en el adorable sacramento de la Eucaristía. El ofrecerá de nuevo, por nosotros, al Padre celestial los méritos de su pasión y muerte, y con ello estamos seguros de alcanzar misericordia.

Sí, H. M., tengamos la seguridad de que, si sentimos un gran respeto a la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el adorable Sacramento del altar, vamos a alcanzar cuanto deseemos. Ya que las procesiones eucarísticas, H. M., son todas dedicadas a adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento del altar, y a desagrarle de los ultrajes que en dicho Sacramento recibe, formemos en dichas procesiones, vayamos en su seguimiento con aquel mismo respeto que le mostraban los primeros cristianos siguiéndole en sus predicciones, durante las cuales no pasaba jamás por un lugar sin derramar allí toda suerte de bendiciones (1).

(1) Ved al profeta en el desierto, a Zaquco, a la suegra de San Pedro, a Magdalena, a la mujer que padecía flujo de sangre, a Lázaro resucitado. (Nota del Santo).

Sí, H. M., con innumerables ejemplos nos muestra la historia cuán duramente castiga Dios a los profanadores de su adorable Cuerpo y de su preciosa Sangre. Una vez hubo un ladrón que entró en una iglesia durante la noche y se llevó todos los vasos sagrados donde se guardaban las sagradas partículas; y con aquella preciosa carga se encaminó a un lugar llamado plaza de San Dionisio. Al llegar allí, miró de nuevo los vasos para ver si había dejado aún alguna partícula. Había una todavía, la cual, al ser abierto el copón, salió milagrosamente del vaso revoloteando alrededor del ladrón; aquel prodigio hizo que fuese descubierto por la gente y detenido el criminal. Dióse parte al cura de San Dionisio, y este avisó al obispo de París. La Sagrada Hostia permaneció suspendida en el aire. Entonces acudió el obispo junto con todos sus sacerdotes y gran número de fieles devotos que formaban también parte de la procesión, y la Hostia fué a posarse en el ciborio del sacerdote que la había consagrado. Fué llevada a un templo, y en el mismo se hizo la fundación de un oficio semanal en memoria de este gran milagro (1).

Decidme, H. M., ¿qué más nos falta considerar para sentirnos movidos a reverencia ante la presencia de Jesús, así en los templos como en las procesiones? Acudamos, pues, a El con gran confianza; es tan bueno, es tan misericordioso, nos ama tanto, que podemos estar seguros de alcanzar cuanto le pidamos; mas seamos siempre humildes, puros, saturados de amor de Dios y de menosprecio del mundo... cuidemos de no dejarnos llevar de las distracciones... Amemos de todo corazón al Señor, H. M., y con ello alcanzaremos, ya en este mundo, una vida semejante a la de la gloria.

(1) Véase a Mons. de Segur, *La Francia a los pies del Santísimo Sacramento*, IX, «La Hostia milagrosa de San Gervasio, de París».

VIERNES SANTO

EL PECADO RENUEVA LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Prolapsi sunt: rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.

Los que pecan, crucifican nuevamente a Jesucristo dentro de sí mismos.

(S. Pablo a los Hebreos, IV, 6).

¿Podemos, H. M., concebir un crimen más horrible que el de los judíos al dar muerte al Hijo de Dios, a aquel que estaban esperando desde hacía cuatro mil años, al que había sido la admiración de los profetas, la esperanza de los patriarcas, el consuelo de los justos, la alegría del cielo, el tesoro de la tierra, la felicidad del universo? Pocos días antes le recibieron triunfalmente al entrar en Jerusalén, manifestando con ello claramente que le reconocían por el Salvador del mundo. Decidme, H. M., ¿es posible que, a pesar de todo esto, quieran darle muerte, después de haberle llenado de toda suerte de ultrajes? ¿Qué daño les había causado, pues, este divino Salvador? O mejor, ¿qué bien dejaba de otorgarles, al bajar a librarlos de la tiranía del demonio, a reconciliarlos con su Padre celestial, y a abrirles las puertas del cielo que el pecado de Adán había cerrado? ¡Ay! ¡de qué no es capaz el hombre cuando se deja cegar por sus pasiones! Pilato dejó escoger a los judíos entre dar la libertad a Jesús o a Barrabás, que era un gran criminal. Y ellos libertaron al malhechor cargado de crímenes y pidieron la muerte de Jesús, que era la misma inocencia, y más aún, su

Redentor ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué elección tan indigna ! Os admira, H. M., y razón tenéis para ello ; sin embargo, si me atreviese, os diría que nosotros, siempre que pecamos, hacemos parecida elección. Y para mejor hacéroslo sentir, voy ahora a mostraros cuán grande sea el ultraje que hacemos a Jesucristo al preferir el camino donde nos guían nuestras inclinaciones al camino que conduce a Dios.

Sí, H. M., la malicia humana nos ha dado medios para renovar los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, no sólo de una manera tan cruel como los judíos, sino además de una manera sacrílega y horrible. Mientras vivió en este mundo, Jesucristo no tuvo más que una vida por perder y sólo en un Calvario fué crucificado ; pero, desde su muerte, el hombre, con sus pecados, le ha hecho hallar tantas cruces cuantos son los corazones que palpitan sobre la tierra. Para mejor convenceros de ello, mirémoslo más de cerca. ¿Qué observamos en la pasión de Jesucristo ? ¿No es, por ventura, un Dios traicionado, abandonado hasta por sus discípulos ; un Dios puesto en parangón con un infame criminal ; un Dios expuesto al furor de la soldadesca y tratado como un rey de burlas ? No me negaréis que todo esto resultaba en gran manera humillante y cruel en la muerte del Salvador. Sin embargo, H. M., no vacilo en afirmaros que lo que sucede todos los días entre los cristianos, es aún más sensible a Jesucristo que cuanto pudieron hacerle sufrir los judíos.

1.º No ignoro que Jesucristo fué traicionado y abandonado por sus apóstoles ; tal vez ésta fué la llaga que más sensiblemente hirió su corazón lleno de bondad. Mas os diré también que, por la malicia del hombre y del demonio, esta tan dolorosa llaga es renovada todos los días por un gran número de malos cristianos. Si Jesucristo nos ha dejado en la santa Misa el recuer-

do y el mérito de su pasión, ha permitido también que hubiese hombres que, con todo y ser cristianos y por lo tanto discípulos suyos, no vacilasen en traicionarle en cuanto se les ofreciese ocasión. No tienen escrúpulo en renunciar al bautismo y en renegar de su fe; y ello solamente por el temor de ser objeto de burla y menosprecio por parte de algunos libertinos o ignorantes. A esta clase pertenecen las tres cuartas partes de la gente de nuestros días, en extremo temerosa de mostrar sus convicciones cristianas a la faz del mundo. Pues bien, es como si abandonásemos a nuestro Dios, cuantas veces omitimos las oraciones de la mañana o de la noche, siempre que faltamos a la santa Misa, a las vísperas o a otras funciones que en el templo se celebren. Hemos abandonado también a Dios, desde el momento en que ya no frecuentamos los Sacramentos. ¡Ah! Señor, ¿dónde están los que os permanecen fieles y os siguen hasta el Calvario?... A la hora de su pasión, preveía ya Jesucristo cuán pocos serían los cristianos que iban a seguirle a todas partes, cuán pocos estarían dispuestos a arrostrar toda suerte de tormentos y la misma muerte antes que separarse de El. De los discípulos, solamente hubo su Santísima Madre y San Juan que mostrasen valor para acompañarle hasta el Calvario. Mientras Jesucristo colmaba de favores a sus discípulos, ellos estaban dispuestos a sufrir. Así obraron San Pedro y Santo Tomás; mas, llegado el momento de la prueba, todos huyeron, todos le abandonaron. Retrato perfecto de muchísimos cristianos que no dejan de formular muy buenos propósitos; mas, a la menor dificultad, abandonan a Dios; no reconocen su existencia ni su providencia; una pequeña calumnia, la más insignificante injusticia de que sean víctimas, una enfermedad demasiado larga, el temor de perder la amistad de cierta persona de la cual han recibido o esperan recibir algún favor, les

hace olvidar la religión y sus preceptos ; la dejan a un lado y llegan hasta a enojarse contra los que la observan fielmente. Todo lo echan a la mala, maldicen a las personas que consideran como causantes del daño que experimentan. ¡ Ay ! ¡ Dios mío, cuántos desertores ! ¡ Cuán raros son los cristianos que, como la Santísima Virgen, estén dispuestos a seguirla hasta el Calvario !...

Me preguntaréis, empero : ¿ cómo llegaremos a conocer si seguimos verdaderamente a Jesucristo ? Nada más fácil, H. M. Cuando observáis fielmente los mandamientos. Se nos ordena que por la mañana y por la noche nos encomendemos a Dios con gran respeto : pues bien, ¿ lo hacéis vosotros, poniéndoos de rodillas, antes de comenzar el trabajo, con el deseo de agradecer a Dios y salvar vuestra alma ? O, por el contrario, lo practicáis sólo por costumbre, por rutina, sin pensar en Dios, sin atender a que estáis en peligro de perderos, y, por consiguiente, muy necesitados de la gracia divina para evitar vuestra condenación ? Los preceptos de la ley de Dios os prohíben trabajar en día festivo. Pues bien, mirad si lo habéis observado fielmente, si habéis empleado santamente el día del domingo, dedicándoos a la oración, a confesar vuestros pecados, a fin de evitar que la muerte os sorprenda en un estado que os conduzca al infierno. Examinad la manera cómo asistís a la santa Misa, y ved si habéis estado siempre bien penetrados de la grandeza de aquel acto, si habéis considerado que es el mismo Jesucristo, como hombre y como Dios, quien está realmente presente en el altar. ¿ Estáis allí con las mismas disposiciones que la Virgen Santísima estaba en el Calvario, tratándose de la presencia de un mismo Dios y de la consumación de igual sacrificio ? ¿ Testimoniasteis a Dios el pesar que sentíais por haberle ofendido y le dijisteis que, con el auxilio de su gracia, en lo venidero pre-

feriríais la muerte al pecado? ¿Hicisteis siempre cuanto estaba de vuestra parte para merecer los favores que Dios tuvo a bien concederos? ¿Le habéis pedido la gracia de saberos aprovechar de los sermones que tenéis la suerte de oír, y cuyo objeto no es otro que el de instruiros acerca de vuestros deberes para con Dios y para con el prójimo? Los mandamientos os prohíben jurar en vano: mirad qué palabras salen de vuestra boca, consagrada a Dios por el bautismo; examinad si habéis jurado nunca falsamente por el santo nombre de Dios, si habéis proferido malas palabras, etc. Nuestro Señor, en uno de sus preceptos, os ordena amar y reverenciar a los padres, etc., etc. Decís que sois hijos de la Iglesia: ved si cumplís lo que ella os ordena... (Cítense sus preceptos.)

Sí, H. M., si somos fieles a Dios cual la Santísima Virgen, no temeremos al mundo, ni al demonio; estaremos prestos a sacrificarlo todo, incluso nuestra vida. Aquí vais a ver un ejemplo de ello. La historia nos cuenta que, después de la muerte de San Sixto, todos los bienes de la Iglesia fueron confiados a San Lorenzo. El emperador Valeriano llamó al Santo y le ordenó la entrega de todos aquellos tesoros. San Lorenzo, sin inmutarse, pidió al soberano un plazo de tres días. En aquel lapso, reclutó a cuantos ciegos, cojos y toda clase de pobres y enfermos le fué posible, seres todos llenos de miseria y cubiertos de llagas. Pasados los tres días, San Lorenzo los presentó al emperador diciéndole que allí estaba todo el tesoro de la Iglesia. Valeriano, sorprendido y espantado al hallarse en presencia de aquella turba que parecía reunir en sí todas las miserias de la tierra, se enfureció, y dirigiéndose a sus soldados, les ordenó prendiesen a Lorenzo y le cargasen de hierros y cadenas, reservándose el placer de hacerle morir con muerte lenta y cruel. En efecto, hízole azotar con varas, hízole desgarrar

la piel y experimentar toda suerte de tormentos: el Santo se regocijaba con tales torturas; al verlo Valeriano, fuera de sí, hizo preparar una cama de hierro sobre la cual mandó fuese tendido Lorenzo; luego ordenó se encendiese debajo un fuego suave a fin de asarle despacio, para que su muerte fuese más lenta y cruel. Cuando el fuego hubo ya consumido una parte de su cuerpo, San Lorenzo, burlándose siempre de los suplicios, volvióse hacia el emperador, y, con semblante risueño y radiante, le dijo: «¿No ves que mi carne está ya bastante asada de un lado? Vuélveme, pues, del otro, a fin de que sea igualmente gloriosa en el cielo.» Por orden del tirano, los verdugos volvieron entonces al mártir del otro lado. Pasado algún tiempo, San Lorenzo habló así al emperador: «Mi carne está suficientemente asada, puedes ya comer de ella». ¿No reconocéis aquí, H. M., a un cristiano que, imitando a la Virgen Santísima y a Santa Magdalena, sabe seguir a su Dios hasta el Calvario? ¡Ay, H. M.! ¿qué será de nosotros, cuando Nuestro Señor nos ponga en parangón con aquellos santos, que prefirieron sufrir toda suerte de tormentos antes que hacer traición a su religión y a su conciencia?

2.º Mas no nos contentamos con abandonar a Jesucristo, como los apóstoles, que, después de haber recibido innumerables favores y cuando el Maestro más necesitado estaba de consuelo, huyeron. ¡Ay! ¡cuántos son los que osan dar la preferencia a Barrabás, es decir, les gusta más seguir al mundo y sus pasiones, que a Jesucristo con la cruz auestas! ¡Cuántas veces le hemos recibido en son de triunfo en la sagrada mesa, y poco tiempo después, seducidos por nuestras pasiones, hemos preferido a ese Rey, ora un placer momentáneo, ora un vil interés, tras el cual andamos, a pesar de nuestros remordimientos de conciencia! ¡Cuántas veces, H. M., hemos estado vacilando entre la concien-

cia y las pasiones, y en semejante lucha hemos ahogado la voz de Dios, para no oír más que la de nuestras malas inclinaciones ! Si dudáis de ello, escuchadme un momento, y vais a comprenderlo con toda claridad. Cuando realizamos alguna acción contra la ley de Dios, nuestra conciencia, que es nuestro juez, nos dice interiormente : «¿Qué vas a hacer?... He aquí tu placer por un lado y a tu Dios por otro ; es imposible agradar a ambos al mismo tiempo : ¿por cuál de los dos te vas a declarar?... Renuncia o a tu Dios o a tu placer». ¡ Ay ! ¡ cuántas veces, en semejante ocasión, hacemos como los judíos : nos decidimos por Barrabás, esto es, por nuestras pasiones ! ¡ Cuántas veces hemos dicho : «¡ Quiero mis placeres » ! Nuestra conciencia nos ha advertido : « Mas ¿qué será de tu Dios ? » — « No me importa lo que va a ser de mi Dios, responden las pasiones ; lo que quiero es gozar. » — « No ignoras, nos dice la conciencia, mediante los remordimientos que nos sugiere, que, entregándote a esos placeres prohibidos, vas a dar nueva muerte a tu Dios. » — « ¿ Qué me importa, replican las pasiones, que sea crucificado mi Dios, con tal que satisfaga yo mis deseos ? » — « Mas qué mal te hizo Dios, y qué razones hallas para abandonarle ? ¡ Sabes muy bien que cuantas veces le despreciaste, te has arrepentido después, y no ignoras tampoco que, siguiendo tus malas inclinaciones, pierdes tu alma, pierdes el cielo y pierdes a tu Dios ! » — Mas la pasión, que arde en deseos de verse satisfecha, dice : « ¡ Mi placer, he aquí mi razón : Dios es el enemigo de mi placer, sea pues crucificado ! » — ¿ Preferirás a tu Dios el placer de un instante ? » — « Sí, clama la pasión, venga lo que viniere a mi alma y a mi Dios, con tal que pueda yo gozar. »

Y aquí tenéis, H. M., lo que hacemos cuantas veces pecamos. Es cierto que no siempre nos damos cuenta con toda claridad de ello ; mas sabemos muy bien

que nos es imposible desear y cometer un pecado, sin que perdamos a nuestro Dios, el cielo y nuestra alma. ¿No es verdad, que, cuantas veces estamos a punto de caer en pecado, oímos una voz interior que nos invita a detenernos, diciéndonos que de lo contrario vamos a perdernos y a dar muerte a nuestro Dios? ¡Ah! podemos afirmar muy bien, H. M., que la pasión que los judíos hicieron sufrir a Jesucristo era casi nada comparada con la que le hacen soportar los cristianos, con los ultrajes del pecado mortal. Los judíos antes que a Jesús prefirieron un criminal que había cometido muchos asesinatos; y ¿qué hace el cristiano pecador?... Ni tan sólo es un hombre el objeto que pone por encima de su Dios, sino, digámoslo con pena, un miserable pensamiento de orgullo, de odio, de venganza o de impureza; un acto de gula, un vaso de vino, una ganancia miserable que tal vez no llega a dos reales; una mirada deshonesto o alguna acción infame: ¡ved lo que antepone al Dios de toda santidad! ¡Ah! desgraciados, ¿qué hacemos? ¡cuál va a ser nuestro horror cuando Jesucristo nos muestre las cosas por las cuales le hemos abandonado!... ¡Ah, H. M.! ¡hasta tal punto osamos llevar nuestro furor contra un Dios que tanto nos amó!...

No nos admire que los Santos, que conocían la magnitud del pecado, prefirieran sufrir cuanto pudo inventar el furor de los tiranos, antes que caer en él. Vemos de ello un admirable ejemplo en Santa Margarita. Al ver su padre, sacerdote idólatra de gran reputación, que era cristiana y que no lograba hacerle renunciar a su religión, la maltrató de la manera más indigna y arrojóla después de su casa. No se desanimó por ello Margarita, sino que, a pesar de la nobleza de su origen, resignóse a llevar una vida humilde y obscura al lado de su nodriza, la cual, ya desde su infancia, le había inspirado las virtudes cristianas. Ciertamente pre-

fecto del pretorio llamado Olybrio, prendado de su belleza, mandó que fuese conducida a su presencia, a fin de inducirla a renegar de su fe, para casarse después con ella. A las primeras preguntas del prefecto, le respondió que era cristiana, y que permanecería constantemente esposa de Cristo. Irritado Olybrio por la respuesta de la Santa, mandó a los verdugos la despojaren de sus vestiduras y la tendiesen sobre el potro de tormento. Puesta allí, la hizo azotar con varas, con tanta crueldad que la sangre manaba de todos sus miembros. Mientras se la atormentaba, la invitaban a sacrificar a los dioses del imperio, representándole cómo su tenacidad le haría perder su hermosura y su vida. Pero, en medio de los tormentos, ella exclamaba: «No, no, jamás por unos bienes perecederos y por unos placeres vergonzosos dejaré a mi Dios. Jesucristo, que es mi esposo, me tiene bajo su cuidado, y no me abandonará». Al ver el juez aquel valor, al que él llamaba terquedad, hízola golpear tan cruelmente que, a pesar de sus bárbaros sentimientos, veíase obligado a apartar la vista del espectáculo. Temiendo que ella no sucumbiese a tales tormentos, ordenó conducirla a la prisión. Allí aparecióse a la joven el demonio en forma de horrible dragón que parecía quererla devorar. La Santa hizo la señal de la cruz, y el dragón reventó a sus pies. Después de aquella terrible lucha vió una cruz brillante como un foco de luz, encima de la cual volaba una paloma de admirable blancura. Con ello sintióse la Santa en gran manera fortalecida. Pasado algún tiempo, viendo aquel juez inicuo que, a pesar de las torturas, de las que los mismos verdugos estaban asustados, nada podía lograr de ella, mandóla degollar.

Pues bien, H. M., ¿imitamos a Santa Margarita, cuando antepone un vil interés a Jesucristo? ¿cuando optamos por quebrantar los preceptos de la ley de Dios o de la Santa Iglesia antes que desagradar al mun-

do? ¿cuando, para complacer a un amigo impío, comemos carne en los días prohibidos? ¿cuando, para servir a un vecino, no tenemos escrúpulo en trabajar o en prestar nuestros animales de trabajo el santo día del domingo? ¿cuando, para no desagradar a algún amigo, empleamos buena parte del día festivo, tal vez las mismas horas de las funciones religiosas, en la taberna o en la casa de juego? ¡Ay, H. M. ! los cristianos dispuestos a imitar a Santa Margarita, o sea a sacrificarlo todo, sus bienes y su vida, antes que desagradar a Jesucristo, son tan raros como los escogidos, es decir, como los que irán al cielo. ¡Cuánto ha cambiado el mundo, Dios mío !

3.º Os he dicho que Jesucristo fué abandonado a los insultos de la plebe, y tratado como un rey de burlas por una comparsa de falsos adoradores. Mirad a aquel Dios que no pueden contener el cielo y la tierra, y de quien, si fuese su voluntad, bastaría una mirada para aniquilar el mundo : le echan sobre las espaldas un manto de escarlata ; ponen en sus manos un cetro de caña y ciñen su cabeza con una corona de espinas ; y así es entregado a la cohorte insolente de la soldadesca. ¡ Ay ! ¡ en qué estado ha venido a parar Aquel a quien los ángeles adoran temblando ! Doblan ante El la rodilla en son de la más sangrienta burla ; arrebatándole la caña que tiene en la mano, y golpéanle con ella la cabeza. ¡ Oh ! ¡ qué espectáculo ! ¡ oh ! ¡ cuánta impiedad !... Mas es tan grande la caridad de Jesús, que a pesar de tantos ultrajes, sin dejar oír la menor queja, muere voluntariamente para salvarnos a todos. Y no obstante, H. M., este espectáculo, que no podemos contemplar sino temblando, se reproduce todos los días por obra de un gran número de malos cristianos.

Consideremos la manera cómo se portan esos infelices durante los divinos oficios ; en la presencia de un

Dios que se anonadó por nosotros, y que permanece en nuestros altares y tabernáculos para colmarnos de toda suerte de bienes, ¿qué homenaje de adoración le tributan? ¿No es por ventura peor tratado Jesucristo por los cristianos que por los judíos, quienes no tenían, como nosotros, la dicha de conocerle? Ved aquellas personas comodonas: apenas si doblan una rodilla en el momento más culminante del misterio; mirad las sonrisas, las conversaciones, las miradas a todos los lados del templo, los signos y muecas de aquellos pobres impíos e ignorantes: y esto es sólo lo exterior; si pudiésemos penetrar hasta el fondo de sus corazones, ¡ay! ¡cuántos pensamientos de odio, de venganza, de orgullo! ¿Me atreveré a decirlo, que los más abominables pensamientos impuros corrompen quizás todos aquellos corazones? Aquellos infelices cristianos no usan libros ni rosarios durante la santa Misa, y no saben cómo emplear el tiempo que dura su celebración; oídlles cómo se quejan y murmuran por retenérseles demasiado tiempo en la santa presencia de Dios. ¡Oh, Señor! ¡cuántos ultrajes y cuántos insultos se os infieren, en los momentos mismos en que Vos con tanta bondad y amor abríis las entrañas de vuestra misericordia!... No me admiro, H. M., de que los judíos llenasen a Jesucristo de oprobios, después de haberle considerado como un criminal, y creyendo realizar una buena obra; pues «si le hubiesen conocido, nos dice San Pablo, nunca habrían dado muerte al Rey de la gloria» (1). Mas los cristianos, que con tanta certeza saben que es el mismo Jesucristo quien está sobre los altares, y conocen cuánto le ofende su falta de respeto y comprenden el desprecio que encierra su impiedad!... ¡Oh, Dios mío! si los cristianos no hubiesen perdido la fe, ¿podrían com-

(1) Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloriae crucifixissent (I Cor., II, 3).

parecer en vuestros templos sin temblar y sin llorar amargamente sus pecados? ¡Cuántos os escupen el rostro con el excesivo cuidado de adornar su cabeza; cuántos os coronan de espinas con su orgullo; cuántos os hacen sentir los rudos golpes de la flagelación, con las acciones impuras con que profanan su cuerpo y su alma! ¡Cuántos ¡ay! os dan muerte con sus sacrilegios; cuántos os retienen clavado en la cruz, obstinándose en su pecado!... ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos judíos volvéis a encontrar entre los cristianos!...

4.º No podemos considerar sin temblor lo que sucedió al pie de la cruz: aquel era el lugar donde el Padre Eterno esperaba a su Hijo adorable para descargar sobre El todos los golpes de su justicia. Igualmente, podemos afirmar que es al pie de los altares donde Jesucristo recibe los más crueles ultrajes. ¡Ay! ¡cuántos desprecios de su santa presencia! ¡cuántas confesiones mal hechas! ¡cuántas Misas mal oídas! ¡cuántas comuniones sacrílegas! ¡Ah, H. M. ! ¿no podré deciros yo como San Bernardo: «Qué pensáis de vuestro Dios, cuál es la idea que de El tenéis? Desgraciados, si tuviéseis de El el concepto que debéis, ¿osaríais venir a sus pies para insultarle?» Es insultar a Jesucristo acudir a nuestros templos, ante nuestros altares, con el espíritu distraído y ocupado en los negocios mundanos; es insultar a la majestad de Dios comparecer en su presencia con menos modestia que en las casas de los grandes de la tierra. Le ultrajan también aquellas señoras y jóvenes mundanas que parecen venir al pie de los altares sólo para ostentar su vanidad, atraer las miradas y arrebatarse la gloria y la adoración que sólo a Dios son debidas. Dios lo aguanta con paciencia, H. M., mas no por eso dejará de llegar la hora terrible... Dejad que llegue la eternidad...

Si en la antigüedad Dios se quejaba de la infidelidad de su pueblo, porque profanaba su santo Nombre,

¡cuáles serán las quejas que tendrá ahora para echarnos en cara, cuando, no contentos con ultrajar su santo Nombre con blasfemias y juramentos que hacen temblar el infierno, profanamos el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de su Hijo !... Oh, Dios mío, a qué os veis reducido?... En otro tiempo no tuvisteis más que un calvario, pero ahora ¡tenéis tantos cuantos son los malos cristianos !...

¿Qué sacaremos de todo esto, H. M., sino que somos realmente unos insensatos al causar tales sufrimientos a un Salvador que tanto nos amó? No, no volvamos a dar muerte a Jesucristo con nuestros pecados, dejemos que viva en nosotros, y vivamos también en su gracia. De esta manera nos cabrá la misma suerte que cupo a cuantos procuraron evitar el pecado y obrar el bien guiados solamente por el anhelo de agradarle. Esta es la gracia que os deseo.

DOMINGO DE CUASIMODO

SOBRE LA CONFESIÓN PASCUAL

*Erat autem proximum Pascha,
dies festus iudaeorum.*

Acercábase la Pascua, que era
la gran fiesta de los judíos.

(S. Juan, VI, 4.)

Vedlo llegado y pasado ya, H. M., aquel tiempo dichoso en el que tantos cristianos dejaron el pecado, libráronse del demonio y arrebataron sus pobres almas a las garras del infierno, para someterse al suave y apetecible yugo del Salvador. ¡Ah! ¡pluguiese a Dios que hubiéscmos venido al mundo en aquellos venturosos tiempos de los primeros cristianos, quienes veían venir dicho momento con tan santa alegría! ¡Oh, día lleno de hermosura! oh, día de gracia y de salud, ¿en qué has venido a parar? ¿dónde está aquella celeste y santa alegría que hace la felicidad de los hijos de Dios? Sí, H. M., ese tiempo de gracia, o volverá para nuestra salvación o volverá para nuestra perdición: será la causa de nuestra dicha si correspondemos a las gracias que en aquel momento precioso se nos ofrecen, o será la causa de nuestra perdición si no nos aprovechamos de tales gracias o abusamos de ellas. — Pero, dirá alguien, ¿qué significa esta palabra, Pascua? — ¿No lo sabes, hermano? Pues bien, escúchame y vas a saberlo. Dicha palabra significa *tránsito*, es decir, salida de la muerte del pecado y entrada en la vida de la gracia. Respecto a esto, vamos ahora a ver si fué

buena vuestra Pascua, y si ella os ha de causar tranquilidad espiritual, sobre todo a vosotros, gente confiada, que os limitáis a cumplir estrictamente el precepto, confesando y comulgando solamente una vez al año.

I. — ¿Por qué motivo, H. M., ha establecido la Iglesia el santo tiempo de Cuaresma? — Para que nos preparemos, dirá alguno, a celebrar dignamente el santo tiempo de la Pascua, tiempo en que el buen Dios parece redoblar sus gracias excitando más y más el remordimiento en nuestras conciencias, a fin de hacernos salir del pecado. — Está muy bien, hermano mío, esto es lo que te enseña el catecismo; mas si preguntase a un niño qué pecado cometen aquellos que no se acuerdan de celebrar así la Pascua, me contestaría que cometen un gran pecado mortal; y si le dijese: ¿Cuántos pecados mortales son suficientes para condenarse? Me respondería: Uno solo es bastante para quien muera sin haber alcanzado el perdón. Pues bien, ¿qué dices a todo esto, amigo? ¿No has celebrado la Pascua? — ¡Ay, no! me dirás.—Pues, ya que no has cumplido el precepto y es ello pecado mortal, te condenarás. ¿Qué te parece, amigo? ¿Es que no te importa? — ¡Ah!, pensarás para contigo mismo: tiene usted razón, padre; estoy condenado, mas no seré solo. — Si el negocio no te importa, si lo mismo te da salvarte que condenarte, no es extraño que te contentes con tan menguados consuelos; si confías mitigar tu desdicha contando con que no vas a ser solo, no hay por qué inquietarse más. ¡Pobre alma! ¿qué te parece la manera de hablar de este cuerpo de pecado donde tienes la desgracia de morar? ¡Oh! ¡cuántas lágrimas vas a derramar durante la eternidad! ¡Oh! ¡cuántos gemidos! ¡Oh! ¡qué alaridos van a ser los tuyos en medio de aquellas llamas y sin esperanza de salir jamás de tales tormen-

tos ! ¡ Oh ! ¡ desgraciado, haber costado tanto a Jesucristo y haberte separado para siempre de El ! ¿ Por qué, H. M., habéis dejado de celebrar la Pascua ? — Porque así lo he querido, me dirá alguno... — Mas si mueres en ese estado, te condenarás. — ¡ Tanto peor ! — ¡ Pues dime, ¿ crees que tienes alma ? — ¡ Ah ! sé muy bien que la tengo — ¿ Acaso, empero, piensas que después de la muerte todo habrá acabado ? ¡ Ah !, tú piensas para contigo mismo : Sé muy bien que nuestra alma será feliz o desdichada, según que en este mundo haya obrado bien o haya obrado mal. — Y ¿ qué es lo que puede hacerla desdichada ? — El pecado, me dirás. Si, pues, te conoces culpable de pecado, he de concluir afirmando que estás condenado. ¿ Acaso has venido, hijo mío, una vez o dos a confesarte ? Mas te has detenido ahí. ¿ Por qué esto ? Es que no has querido corregirte, es que prefieres vivir en pecado y condenarte, a dejar el pecado para ser salvo. ¿ Quieres condenarte ? Pues bien, no te inquietes : te condenarás. Y tú, hermana mía, has dejado transcurrir el tiempo pascual sin confesarte ; has vivido en pecado durante la Cuaresma y también durante la Pascua ; ¿ por qué esto ? He aquí la razón : porque no tienes religión, porque has perdido la fe, porque, en fin, mientras aguardas tu caída en las llamas eternas, no piensas más que en disfrutar un poco en el mundo. Un día nos veremos, hija mía ; sí, entonces contemplaremos tu desesperación y tus lágrimas ; yo te reconoceré, a lo menos así lo creo ; mas tú estarás perdida, tuya habrá sido la culpa. Sí, H. M., echemos un velo sobre todo esto, dejemos ocultas todas esas miserias en las tinieblas, hasta el día del juicio.

Examinemos ahora qué tal sea la confesión y la comunión de aquellos que se contentan con recibir dichos sacramentos una vez al año, y veremos si tienen motivo bastante para quedar tranquilos. Si para hacer

una buena confesión, amigo mío, bastara pedir perdón a Dios, declarar los pecados y practicar algunas penitencias, el pecado, que la religión nos presenta como un monstruo, no sería ciertamente cosa que tanto nos hubiese de espantar; nada fuera más fácil que reparar la pérdida de la gracia de Dios, y seguir el camino que conduce al cielo; y sin embargo, el mismo Jesucristo nos habla de él como de una cosa en extremo difícil. Oíd lo que dijo a aquel joven que le preguntó si serían muchos los que se salvarían y si era muy costoso y áspero el camino que conduce al cielo. ¿Qué le contesta el Salvador? «¡ Oh ! ¡ cuán estrecho es ese camino ! ¡ Oh ! ¡ cuán pocos son los que lo siguen ! ¡ Oh ! ¡ cuán pocos, de entre los que empiezan, llegan hasta el término ! » (1). En efecto, H. M., después de haber vivido un año sin inquietud ni molestia, no ocupándoos más que de los negocios temporales, de vuestras riquezas o bien de vuestros placeres, sin preocuparos de la enmienda de vuestros defectos, sin poner diligencia alguna en adquirir las virtudes de que estáis faltados; vendréis únicamente durante la quincena de la Pascua, siempre lo más tarde posible, a contar vuestros pecados cual si narraseis una historia; leeréis algunas oraciones en un libro o las rezaréis de memoria durante un tiempo más o menos largo. Y con esto se acabó todo: retornaréis a vuestra ordinaria manera de vivir; volveréis a hacer lo que hacíais, viviréis como de costumbre. Se os veía en las tabernas y casas de juego, y en los mismos lugares se os verá; se os halló en los centros de baile y danza, y en dichos puntos se os volverá a encontrar; y así podemos decir de todo lo demás. En las pascuas venideras, repetiréis lo mismo. Y así continuaréis hasta la muerte. En otros términos: ¡ el sacramento de la Penitencia, en el cual

(1) *Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad viam: et pauci sunt, qui inveniunt eam!* (Matth., VII, 14).

parece que Dios se olvida de su justicia para no manifestar más que su misericordia, no será otra cosa para vosotros que un juego o un entretenimiento ! Muy bien comprendéis, amados niños, que, si vuestras confesiones no tienen cosa mejor, podéis rectamente concluir que no valen nada, para no decir otra cosa.

II. — Pero para confirmar vuestra convicción sobre este punto, examinémoslo más de cerca. Para hacer una buena confesión, que pueda reconciliarnos con Dios, es preciso que detestemos nuestros pecados de todo corazón, no sólo por el motivo de vernos obligados a declarar al sacerdote cosas que quisiéramos ocultar a nosotros mismos, sino además por el pesar de haber ofendido a un Dios tan bueno, de haber permanecido tanto tiempo en pecado, de haber despreciado todas aquellas gracias por las cuales El nos inducía a salir de la culpa. Esto es, H. M., lo que ha de hacernos derramar lágrimas y quebrantar nuestro corazón. Dime, amigo : si tuvieses ese verdadero dolor, ¿no te apresurarías a reparar el mal que lo ocasiona, y a ponerte rápidamente en gracia de Dios ? ¿Qué haría un hombre que en un arrebato hubiese reñido con su amigo, pero, reconociendo su falta, se arrepintiese en seguida ? ¿no buscaría presto la manera de reconciliarse ? Si su amigo diese algunos pasos a tal objeto, ¿no aprovecharía, por ventura, la ocasión ? Mas si, por el contrario, desdeñase todas las ocasiones propicias, ¿no tendríamos razón para afirmar que le es indiferente vivir bien o mal con aquella persona ? La comparación salta a la vista. Aquel que tiene la desgracia de caer en pecado, ya sea por inconsideración o debilidad, ya hasta por malicia, si tiene un verdadero remordimiento, ¿podrá permanecer mucho tiempo en aquel estado ? ¿No recurrirá prontamente al sacramento de la Penitencia ? Por el contrario, si persevera un año en pe-

cado, y mira con pena la llegada del santo tiempo pascual porque en él hay que confesarse; si, lejos de presentarse ante el tribunal santo al comenzar la Cuaresma, a fin de disponer de algún tiempo para hacer penitencia, y no pasar tan súbitamente del pecado a la Sagrada Mesa; si no quiere que se le hable de confesión más que por la Pascua, y aun procura diferir esta confesión esperando la última quincena, en cuyo tiempo se presentará con disposiciones análogas a las de un criminal que es conducido al patíbulo: ¿qué significa todo esto, amigo mío? Hélo aquí: esto quiere decir que, si el tiempo pascual se prorrogase hasta la Asunción, no te confesarías más que aquel día, o si dicho tiempo no llegase más que cada diez años, sólo cada diez años confesarías tus pecados; y, finalmente, si la Iglesia no te impusiese tal precepto, no te confesarías hasta la hora de la muerte. ¿Qué te parece de esto, hermano mío? ¿No indica ello que no es el dolor de haber ofendido a Dios lo que te induce a confesarte, ni el amor de Dios lo que te lleva a celebrar la Pascua? — ¡Ah!, me dirás, algo es algo; al obrar así no es sin saber el por qué. — ¡Ah! que tú no sabes nada; si te confiesas, es por rutina, por costumbre, para decir que has cumplido con la Pascua; y tal vez, si quieres ser sincero, me dirás que a tus pecados anteriores has añadido otro nuevo. No es, pues, el amor de Dios, ni el pesar de haberle ofendido, ni tan sólo el deseo de llevar una vida más cristiana lo que te hace confesar y cumplir con el precepto pascual. He aquí la prueba: si amases a Dios, ¿cometerías con tanta facilidad y hasta con tanto gusto el pecado? Si tuvieses al pecado el horror que debes, ¿podrías aguantarlo un año entero en tu conciencia? Si tuvieses un verdadero deseo de llevar una vida más cristiana, ¿no se observaría a lo menos un pequeño cambio en tu manera de vivir? No, H. M., no quiero referirme ahora a

aquellos desgraciados que sólo declaran una parte de sus pecados, por temor de no poder cumplir la Pascua o de ser despedidos sin absolución, tal vez para cubrir su vida vergonzosa con un velo de virtud; los que en tal estado se acercan a la sagrada Mesa, van a consumir su reprobación, entregar su Dios al demonio y vomitar su alma maldita al infierno.

No, yo me atrevo a esperar que esto no va con vosotros; sin embargo, he de insistir en afirmaros que las confesiones de un año para otro nada tienen de tranquilizadoras.—Tal vez me dirá alguno: ¿qué debe hacerse para que una confesión sea buena? — ¿Lo quieres saber, amigo? Helo aquí; escúchame, y verás si vives o no en seguridad. Para que tu confesión merezca el perdón de los pecados, precisa que sea humilde y sincera, que vaya acompañada de un verdadero dolor causado por la pena de haber ofendido a Dios, y no por sólo las penas que el pecado merece; y que al dolor acompañe un propósito firme de no pecar más en lo futuro. Considerando esto, digo yo que es muy difícil hallar todas estas disposiciones en aquellos que sólo se confiesan una vez al año: y ahora vais a verlo. ¿Qué viene a ser un cristiano a los pies del sacerdote haciendo allí confesión de sus pecados? Es un pecador que viene con el corazón contrito de dolor, y se arroja a las plantas de su Dios como un criminal ante su juez, para acusarse a sí mismo e implorar su perdón. ¿Cómo se acusará? Vedlo aquí: soy un criminal indigno de que me llaméis hijo; hasta el presente, he vivido de una manera totalmente opuesta a lo que la religión me ordenaba; para todo cuanto se refería al servicio de Dios, no he tenido más que desdenes; los santos días de fiesta y los domingos han sido para mí días de placer y desorden, o, para decirlo de una vez, hasta el presente nada hice aprovechable; estoy perdido y condenado, si Dios no tiene piedad de mí. Tales son,

H. M., los sentimientos de un cristiano que tiene horror al pecado.

Mas, decidme, ¿es así como se acusan aquellos que tienen en poco el permanecer doce meses en pecado, y encuentran siempre demasiado temprana la llegada de la Pascua? ¡Ay! Dios mío, Vos veis con cuánta displicencia hacen esos pobres desgraciados la confesión de un año de su vida. ¡Oh! no, amigo, no es un criminal lleno de vergüenza y penetrado del dolor de haber ofendido a Dios, que se humilla, que se acusa a sí mismo, que implora un perdón del cual se reconoce infinitamente indigno; sino ¡ay! ¿me atreveré a decirlo? un hombre que parece contar una historia, narrándola mal, desfigurándola, procurando aparecer lo más inocente posible. Escuchadle: no fué él quien cometió tal pecado de impureza, fué otro que le solicitó, como si él no fuese dueño de seguir o no su consejo. No fué él quien montó en cólera, fué su vecino que le dirigió una palabra picante. Faltó a la Misa, es verdad; mas fué por culpa del compañero. Una vez comió carne en día prohibido; mas, si no se le hubiera incitado a ello, no lo habría hecho. Ha hablado mal, pero es por causa del que se hallaba junto a él. Digámoslo mejor: el marido acusa a la mujer, la mujer al marido; el hermano a la hermana, y la hermana al hermano; el amo al criado, y el criado procura en todo lo posible descargarse en el dueño. Al rezar el *Confiteor* se acusan ellos mismos, ya que dicen: «por mi culpa»; dos minutos después, excúsanse ellos y acusan a los demás. Ni humildad, ni sinceridad, ni dolor: tales son las disposiciones de aquellos que sólo se confiesan una vez al año. Por la manera de declarar sus pecados, el pobre sacerdote comprenderá claramente la falta de disposiciones para recibir la absolución. ¿Quiere acaso dilatar ésta por algún tiempo, a fin de evitar un sacrilegio? Escuchadlos: comienzan por quejarse diciendo que no dispo-

nen de tiempo para volver y que otro día no van a estar mejor preparados ; y acabarán diciéndoos que, si no se los quiere escuchar hoy, irán a otro menos escrupuloso, que los *despachará* sin reparos... ¡ Como si el confesor no pudiese vivir sin ellos, pobres ciegos !... Juzgad, pues, después de lo dicho, cuáles sean sus disposiciones. El sacerdote ve muy claramente, por la manera como se acusan, que aquellas confesiones no son íntegras, que aquellos infelices no lo declaran todo ; vese precisado a hacerles mil preguntas ; no declaran ni el número ni las circunstancias que cambian la especie. Hay ciertos pecados que ellos quisieran pasar por alto, mas tampoco se atreven a callarlos completamente. ¿ Qué hacen entonces ? Los declaran a medias, como si el confesor pudiese conocer lo que pasa en su corazón. Conténtanse con narrar en globo las culpas, sin ni tan sólo distinguir los pensamientos de los deseos. El sacerdote preguntará : ¿ Has tenido nunca pensamientos de orgullo, de vanidad, de venganza o de impureza ? Ya sabes que todas estas cosas son pecado mortal cuando se consiente en ellas voluntariamente. ¿ Has cometido alguna de estas faltas ? — Puede que sí, mas no me acuerdo de ello con exactitud. — Pero es preciso declarar aproximadamente el número, sin lo cual tus confesiones nada valen. — ¡ Ah ! señor, ¿ cómo queréis que me acuerde de todos los pensamientos que he tenido durante un año ? Ello me resulta imposible. — ¡ Ah ! Dios mío, ¡ qué confesiones, o mejor, qué sacrilegios !... No, H. M., casi nunca se acusan, en tales casos, de las circunstancias que agravan el pecado y que pueden convertirlo en mortal. Oíd cómo se acusan : Me emborraché, he calumniado al prójimo, he pecado contra la santa virtud de la pureza, he reñido con el prójimo, me he vengado. Si el confesor no pregunta otra cosa, ellos no dicen más. — Pero, dirá el confesor, ¿ cuántas veces has hecho esto ? ¿ Has cometido estos pecados en

la iglesia? ¿Ha sido ello en el santo día del domingo? (1). ¿Ha sido delante de tus hijos o de tus criados? ¿Lo vió mucha gente? ¿La reputación de tu prójimo ha experimentado algún daño? Esos pensamientos de orgullo ¿te han venido en la iglesia, durante la celebración de la santa Misa? ¿Los has entretenido mucho tiempo? Los pensamientos contrarios a la santa virtud de la pureza, ¿han ido acompañados de malos deseos? Aquel otro pecado ¿fué por inconsideración o por malicia? ¿Has, tal vez, añadido pecado sobre pecado, pensando que lo mismo te costaría acusarte de pocos que de muchos? Hay otros que, no contentos con omitir todo detalle en sus confesiones, os dicen que no tienen nada que reprocharse, que no tienen tiempo, que les es preciso marcharse en seguida. ¡No tienes tiempo, amigo! vete, pues. Lo mismo da que te quedes o te vayas.

¡Oh, Dios mío! ¡qué disposiciones! ¡Oh, Dios mío! ¿son esos tales, pecadores que vienen para llorar sus culpas? Hay que reconocer, no obstante, que algunos hacen todos los posibles para examinarse bien, y declaran sus pecados del mejor modo que pueden; mas con tanta indiferencia, con tal frialdad, con una tan grande insensibilidad, que desgarran el corazón del pobre sacerdote. ¡Nada de suspiros, nada de gemidos, nada de lágrimas! ¡ni la menor señal de las que indican el dolor que causan los pecados! Y, con todo, para que el sacerdote les dé la absolución es preciso que quede persuadido de que están en mejores disposiciones que las que manifiestan. Bien sé que las lágrimas y suspiros no son señal infalible de contri-

(1) Parece insinuar el Santo que la circunstancia de ser domingo agrava el pecado.

Aunque hay muchos teólogos de esta opinión, la mayor parte admiten lo contrario. La circunstancia de ser domingo, a menos que ella sea intentada y querida positivamente por el pecador al cometer el pecado, no aumenta la malicia de la falta.

ción y conversión ; no es raro ver gentes que lloran sus pecados en el tribunal de la penitencia, y no por ello son mejores cristianos. Mas también es muy impropio narrar con tanta frialdad e indiferencia lo que debe necesariamente entristecernos y excitar nuestras lágrimas. Si un hombre tuviese la seguridad de alcanzar el perdón con tal que confesase su crimen, inútil es decir que lo haría dejando correr abundantes lágrimas, siquiera por la esperanza de que su exterior logrará mover el corazón del juez que ha de perdonarle. Ved lo que hace un enfermo : cuando descubre al médico sus llagas, no tardaréis a oír sus gemidos y veréis surcado por las lágrimas su rostro. Mirad lo que hace un amigo al contaros sus penas : su gesto, el tono de su voz, la manera de expresarse, todo en él os pinta su tristeza y dolor. ¿Por qué, H. M., nada de todo esto aparece cuando nos acusamos de los pecados? ¿No lo has notado, amigo mío? ¿O quizá a menudo te habrás admirado de ello? Pues voy ahora a indicarte la razón : es que tu corazón no está más conmovido que tus palabras, es que tu interior se parece al exterior ; tus pecados no te causan mayor dolor del que das muestra. Lo cual no es difícil de comprender, al considerar que, después de haber cumplido el precepto pascual, te manifiestas tan poco cristiano ; no eres ni más bueno, ni menos pecador que antes.

III. — Hemos dicho que el pesar de haber ofendido a Dios, cuando es sincero y verdadero, debe incluir en sí necesariamente la voluntad de no volver a pecar ; y si tal voluntad es sincera, nos llevará a ser vigilantes sobre nuestros actos ; a arrepentirnos de los malos pensamientos, sean de venganza, sean de impureza, tan pronto nos demos cuenta de ellos ; a huir las ocasiones que nos inducen a pecar ; a no omi-

tir nada de lo que pueda corregirnos de los malos hábitos que hemos contraído. Pues bien, amigo mío, tu voluntad de no volver a ofender a Dios no ha sido sincera, toda vez que se te ha visto en las tabernas, y se te ve aún en tales lugares; te han encontrado y se te encuentra junto a tal compañía, con la cual cometiste aquel pecado. Has de convenir conmigo en que no hiciste esfuerzo alguno extraordinario para vivir mejor de lo que viviste durante el pasado año. ¿Por qué esto, amigo mío? ¿Por qué? Helo aquí: es que de ninguna manera deseas corregirte, es que tu confesión ha sido sólo una mentira y tu contrición un simulacro de penitencia.

¿Quieres una segunda prueba? Aquí la tienes. ¿De qué te acusaste el año pasado? ¿De borrachera, de impureza, de orgullo, de cólera, de negligencia en el servicio de Dios? Y ¿de qué te has acusado este año? De lo mismo. ¿De qué te acusarás el año que viene, si vives? De lo mismo todavía. ¿Por qué esto, H. M.? Porque no tenéis un deseo sincero de llevar una vida más cristiana; os confesáis como si fueseis a hacer un pago y poder decir que habéis cumplido la Pascua; o, si queréis decir la verdad, reconoceréis que os confesáis todos los años para añadir un nuevo pecado a los antiguos: diciendo esto con franqueza, declararíais exactamente lo que habéis hecho. Y no os dais cuenta de que, en todo ello, hay de por medio el demonio que os engaña. Si el maligno espíritu os propusiese abandonarlo todo, a los que tenéis la costumbre de confesaros una vez al año, os repugnaría y no quisierais creerle. Por esto, para lograr teneros algún día en sus garras, se contenta con manteneros constantemente en vuestros malos hábitos. ¿Dudáis acaso de esto que os digo? Examinad vuestro comportamiento, y ved si, después de tantos años en que os confesáis por Pascua, os corregisteis del menor pe-

cado; hablaría mejor si dijese que cada año que pasa os hunde más y más profundamente en los abismos de la culpa.

Pero, me diréis, todo esto no es, ciertamente, para animarnos a cumplir puntualmente el precepto de la Pascua. — Está bien; mas ¿para qué engañaros? Bastante hay con el demonio, para que haya de mezclarme yo en sus engaños. Os digo la verdad tal cual es; vosotros haréis lo que os parezca. Yo me porto con vosotros a semejanza de un médico en medio de una muchedumbre de enfermos: empieza por proponer a cada uno los remedios apropiados para restablecer su salud; a los que desprecian tales remedios, los deja de lado; mas a los que están dispuestos a tomarlos, los instruye acerca de la manera de practicarlo, les indica el provecho que les reportará el hacerlo según la forma y condiciones que él les prescribe, pero al mismo tiempo les hace ver el mal que tales medicinas les van a causar si no practican todo cuanto les ordena, al servirse de ellas. Sí, H. M., yo hago lo mismo: pongo a vuestra consideración cuán grandes sean los provechos que nos prometen los sacramentos, o, por mejor decir, os hago ver cómo, si no frecuentamos los sacramentos, no podremos nunca ver a Dios, y nos condenaremos irremisiblemente. A los que, ya por ignorancia, ya por impiedad, desprecian esos saludables remedios, los únicos capaces de reconciliarlos con Dios, los dejo de lado, como aquel médico dejaba a los enfermos que rehusaban sus remedios. Mas a los que expresan el deseo de valerse de ellos, es absolutamente necesario darles a conocer las disposiciones de que deben estar adornados. Tal vez, H. M., cuanto acabo de deciros, os causará cierta inquietud acerca de vuestras confesiones pasadas: esto es lo que deseo de todo corazón, a fin de que, vivamente movidos por la gracia de Dios y excitados por los remordi-

mientos de conciencia, aceptéis los medios que Dios os ofrece todavía para salir del pecado.

Mas, dirá alguno, ¿qué debe hacerse para reparar todo aquello? — ¿Quieres saberlo, amigo mío? Helo aquí. Has de comenzar de nuevo tus confesiones, desde el punto en que puedas juzgar que empezaste a hacerlas sin contrición; te acusarás del número de confesiones y comuniones; dirás también si disimulaste algún pecado y si hiciste algún esfuerzo para evitar las recaídas. Para que tus confesiones puedan consolarte, es preciso que cada una de ellas haya obrado en ti algún cambio; es preciso que hagas lo que nos dice el Evangelio del día de Pascua, hablando de Jesucristo, quien, una vez salido del sepulcro, jamás volvió a entrar en él (1); lo mismo habéis de hacer vosotros: después de haber confesado vuestros pecados, jamás debéis volver a cometerlos. Es preciso que a los impulsos de cólera y a ese aire altanero con que os mostráis a la menor injuria, substituyan en vuestro corazón la dulzura, la bondad y la caridad. Olvidabais vuestras oraciones de la mañana y de la noche, o se os veía hacerlas sin atención y respeto; si ahora habéis dejado verdaderamente el pecado, todas las mañanas y todas las noches se os verá entregaros a la oración con aquella atención y aquel respeto que debe inspirar siempre la presencia de Dios. El santo día del domingo soléis acudir al templo cuando los divinos oficios estaban ya muy avanzados; ahora, si habéis cumplido bien la Pascua, se os verá desde primera hora hacer los preparativos para asistir dignamente a tan grande acto. A aquella madre de familia, en lugar de vérsela correr de una casa a otra, ocupándose de las conductas ajenas, se la verá ocupada

(1) *Christus resurgens ex mortuis iam non moritur, mors illi ultra non dominabitur* (Rom., VI, 9).

en sus quehaceres, instruyendo a sus hijos, es decir, la virtud se mostrará en todos sus actos. Hará como aquella joven que durante algún tiempo se había entregado a los placeres, hasta a los más vergonzosos; pero habiendo reflexionado sobre el estado horroroso en que se hundía, y concibiendo un saludable horror de sí misma, se convirtió. Pasado algún tiempo, se encontró con un joven que había sido compañero suyo en los días de placer; al verla, comenzó a hablar con ella el mismo lenguaje de otro tiempo; pero miróle ella con aire de desprecio e indignación, recordando la parte que aquel desgraciado había tenido en sus ofensas contra Dios. Admirado el joven, le dijo que sin duda no le conocía. «¡Ah! desgraciado, demasiado te conocí. Veo muy bien que eres siempre el mismo, sepultado en el fango del crimen; mas yo, gracias a Dios, soy enteramente otra; he dejado ya para siempre ese maldito pecado que tanto había desfigurado mi pobre alma. ¡Ah!, no, ¡morir primero mil veces antes que recaer en mis pasados crímenes!» ¡Oh! ¡hermoso ejemplo para un cristiano que ha tenido la desgracia de pecar!

¿Qué debemos deducir de todo esto? Vedlo, H. M. Si no queréis condenaros, no os contentéis con confesar los pecados una vez al año; ya que, mientras os halláis en estado de pecado, corréis peligro de pecar en él y perderos por toda una eternidad. Si habíais tenido la desgracia de callar, por temor o por vergüenza, algún pecado, o si os confesasteis sin contrición y sin deseo de corregiros; o hasta, si después de tantos años de confesaros no notáis cambio alguno en vuestra vida: deducid de aquí que vuestras confesiones nada valen, y, por consiguiente, no fueron otra cosa que sacrilegios y abominaciones que van a echaros en lo profundo del infierno. A aquellos que no cumplen el precepto pascual, nada tengo que decirles;

ya que, si quieren condenarse a toda costa, son ellos muy dueños de hacerlo. Lloremos su desgracia, roguemos a Dios por ellos : la caridad que para los demás hemos de tener, a ello nos obliga. Pidamos a Dios que no nos deje caer en tal ceguera. Resistamos valerosamente al mundo y al demonio. Suspiremos sin cesar por nuestra verdadera patria que es el cielo, nuestra gloria, nuestra recompensa y nuestra felicidad. Esto es lo que a todos desco...

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

SOBRE LA PERSEVERANCIA

*Qui autem perseveraverit usque
in finem, hic salvus erit.*

Aquel que persevera hasta el fin,
será salvo.

(S. Mat., X, 22).

Aquel, nos dice el Salvador del mundo, que luche y persevera hasta el fin de sus días, sin ser vencido, o que al caer haya sabido levantarse y perseverar, será coronado, es decir, salvado: palabras, H. M., que deberían helar nuestra sangre y hacernos temblar de espanto, si considerásemos, por una parte, los peligros a que estamos expuestos, y por otra, nuestra debilidad y el número de enemigos que nos rodean. No nos admire que los más grandes santos hayan dejado a sus parientes y amigos, hayan abandonado sus bienes y placeres, para ir a sepultarse en vida en medio de la selva agreste, a llorar sus pecados entre los peñascos, a encerrarse entre cuatro paredes para llorar allí durante el resto de sus días, a fin de quedar libres y desembarazados de todo tráfico mundano, y no ocuparse en otra cosa que en combatir a los enemigos de su salvación, persuadidos de que el cielo sólo sería concedido a su perseverancia. — Mas, me dirá alguno, ¿qué es perseverar? — Helo aquí, amigo mío. Es estar pronto a sacrificarlo todo: los bienes, la voluntad, la libertad, la vida misma, antes que desagra-

dar a Dios. — Pero, me dirás aún, ¿qué viene a ser no perseverar? — Helo aquí. Es recaer en los pecados que habíamos ya confesado, es seguir las malas compañías que nos indujeron al pecado, el mayor de todos los males, ya que por él hemos perdido a Dios, hemos atraído sobre nosotros toda su cólera, hemos arrebatado al cielo nuestra alma y la arrastramos al infierno. ¡ Ah ! Quiera Dios que los cristianos que tienen la dicha de reconciliarse con El mediante el sacramento de la Penitencia, comprendan esto bien ! Para daros, pues, una idea de ello, voy ahora a mostraros los medios que debéis adoptar para perseverar en la gracia que recibisteis en el santo tiempo pascual. Hallo que los principales son cinco, a saber : la fidelidad en seguir los movimientos de la gracia de Dios, huir de las malas compañías, la oración, la frecuencia de sacramentos y, por fin, la mortificación.

Hoy sí que, a lo menos una tercera parte de los que me estáis oyendo, podréis decir que lo que escucháis no va con vosotros. ¡ Yo, hablaros de la perseverancia ! ¡ soy pues un mal pastor, no vengo más que a trabajar para vuestra perdición ! ¡ Será que el demonio se sirve de mí para acelerar vuestra reprobación ! voy a hacer todo lo contrario de lo que Dios me ha ordenado : El me envía en medio de vosotros para salvaros, ¡ y mi tarea sería conducirlos a los abismos ! ¡ Yo, ser el cruel verdugo de vuestras almas ! ¡ Dios mío ! ¡ qué desdicha ! ¡ Yo, hablaros de perseverancia ! pero si este lenguaje solamente conviene a los que de veras dejaron el pecado, y están en la firme resolución de perder mil vidas antes que volverlo a cometer ; mas ¡ decir a un pecador que persevere en sus desórdenes ! ¡ Oh, Dios mío ! ¿ seré yo la criatura más desgraciada que haya sostenido la tierra ? No, no, no es éste el lenguaje que debiera usar. ¡ Ah ! lo que debo decir es : cesa, amigo mío, de perseverar ; ¡ ah ! cesa de perseve-

rar en tu deplorable estado, de lo contrario te vas a condenar. ¡Yo, decir a este hombre que desde tantos años no cumple el precepto de la Pascua, o lo cumple mal, que persevere! ¡No, no, amigo, si perseveras, estás perdido, el cielo nunca será para ti! ¡Yo, decir que persevere, a aquella persona que se contenta con cumplir el precepto pascual!, pero ¿no sería esto atarle una venda en los ojos y arrastrarla al infierno? ¡Yo, decir que perseveren, a aquellos padres y madres que cumplen la Pascua, mas dejan suelta la rienda a sus hijos! ¡Ah! no, no quiero ser el verdugo de su pobre alma. ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas jóvenes que han cumplido el precepto, con el pensamiento y el deseo de volver a sus danzas y placeres! ¡Oh! ¡desdichado de mí! ¡oh, horror! ¡oh, abominación! ¡oh, cadena de crímenes y de sacrilegios! ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas personas que sólo frecuentan los sacramentos cinco o seis veces al año, y no dan muestras de cambio alguno en su manera de vivir: las mismas quejas en sus penas, los mismos arrebatos, la misma avaricia, la misma dureza para con los pobres; siempre igualmente dispuestos a calumniar y a manchar la reputación del prójimo... ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos cristianos ciegos y entregados a la iniquidad! ¡Yo, decir que perseveren, a aquellas personas que sin escrúpulo, o por respeto humano, comen carne los días prohibidos, y trabajan sin remordimiento el santo día del domingo! ¡Oh, Dios mío! ¡qué desgracia! ¿A quién me he de dirigir? No lo sé.

¡Ah! no, no, H. M., no es de la perseverancia en la gracia de lo que debería hablaros hoy! ¡Ah! mejor sería pintaros el estado horrible y desesperado de un pecador que no cumplió el precepto pascual, o lo cumplió mal y persevera en tal estado. ¡Ah! pluguiese a Dios que me fuese permitido pintar ante vuestros ojos la desesperación de un pecador citado ante el tribunal

de su juez, cuyas manos empuñan rayos y centellas, y daros a escuchar esos torrentes de maldición : «Anda, réprobo maldito, anda, endurecido pecador, anda a llorar tu vida criminal y tus sacrilegios. ¡ Oh ! no tienes bastante con haber vivido en la corrupción durante toda tu vida...» Y aun sería preciso llevarlos hasta la puerta del infierno, antes que el demonio los precipite allí para no salir jamás, a fin de que oyesen los gritos, los alaridos de aquellos desgraciados réprobos, y a fin de que pudiesen ver el sitio que en aquel lugar tienen destinado. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ les sería posible vivir ? Un cielo perdido... un infierno... una eternidad... Despreciaron, profanaron los sufrimientos... ¿ qué digo yo los sufrimientos ? la muerte de un Dios... Tal es la recompensa de perseverar en el pecado ; sí, tal es el asunto que debiera hoy tratar. Mas hablaros de la perseverancia, que supone la existencia de un alma que teme el pecado más que la muerte misma, que emplea sus días en el amor de Dios ; un alma, digo, desnuda de toda afección terrena, cuyos anhelos sólo tienen el cielo por objeto... Pero ¿ dónde queréis que vaya ? ¿ dónde podré encontrar esa alma ! ¡ Ah ! ¿ dónde está ? ¿ cuál es el afortunado país que la posee ? ¡ Ay ! ninguna o casi, ninguna he hallado yo. ¡ Oh, Dios mío ! tal vez Vos veáis alguna, desconocida por mí. Hablaré, pues, como si estuviese seguro de que hay una o dos a lo menos, y les mostraré los medios que deben emplear para continuar la senda feliz que han comenzado. Escuchadme bien, almas santas, si es que por ventura se halla alguna entre los que me oyen, escuchad atentamente lo que Dios va a deciros por mi boca.

I. — Digo, pues, en primer lugar, que el primer medio para perseverar en el camino que conduce al cielo, es ser fiel en seguir y aprovechar los movimientos de la gracia que Dios tiene a bien concedernos. Los

santos no deben su felicidad más que a su fidelidad en seguir los movimientos que el Espíritu Santo les enviara, así como los condenados no pueden atribuir su desdicha a otra cosa que al desprecio que de tales movimientos hicieron. Esto solo debe bastar para haceros sentir la necesidad de ser fieles a la gracia.—Pero, me dirá alguno, ¿por qué medio vamos a conocer si correspondemos o resistimos a lo que la gracia quiere de nosotros? — Si no lo sabes, amigo, escúchame un momento y conocerás lo más esencial. Digo, ante todo, que la gracia es un pensamiento que nos hace sentir la necesidad de evitar el mal y de hacer el bien. Entretenemos en algunos detalles familiares, a fin de que lo comprendas mejor, y así verás cuándo eres fiel a la gracia y cuándo resistes a ella. Por la mañana, al despertarte, Nuestro Señor te sugiere el pensamiento de consagrarle tu corazón, de ofrecerle los trabajos del día, y de rezar en seguida, de rodillas, las oraciones de la mañana : si lo practicas así, prontamente y de todo corazón, sigues el movimiento de la gracia ; mas si no lo practicas, o lo haces mal, entonces dejas de seguir tal movimiento. En otra ocasión, sentirás de pronto el deseo de ir a confesarte, de corregir tus defectos, y dejar de ser lo que al presente ; pensarás que, si llegases a morir, serías condenado. Si sigues esas buenas inspiraciones que Dios te envía, eres fiel a la gracia. Mas tú dejas pasar esto sin hacer nada. Te viene el pensamiento de dar alguna limosna, de practicar alguna penitencia, de asistir a Misa los días laborables, de hacer que asistan también tus criados ; mas no lo haces. Aquí tenéis, H. M., lo que es seguir los movimientos de la gracia o resistir a ellos. Todo esto viene comprendido bajo el nombre de «gracias interiores». En cuanto a las llamadas «gracias exteriores», podemos citar como ejemplo una buena lectura, la conversación con una persona virtuosa, que os hará sentir la necesidad de cambiar

de vida, de servir mejor al buen Dios, los remordimientos que vais a tener a la hora de la muerte; o también el buen ejemplo de otras personas presentándose repetidamente ante vuestros ojos, como si os estimulase a convertirlos; o también un sermón o instrucción religiosa que os enseñe los medios que se han de emplear para servir a Dios y cumplir vuestros deberes para con El, para con vosotros mismos y para con el prójimo. Tened presente que vuestra salvación o vuestra condenación, de esas gracias dependen. Los santos, si se santifican, es por el gran cuidado que ponen en seguir todas las buenas inspiraciones que Dios les envía, y los condenados han caído en el infierno porque las despreciaron. Vais ahora a ver una prueba de ello.

Vemos, efectivamente, en el Evangelio, que todas las conversiones obradas por Jesucristo durante su vida mortal, se apoyaron en la perseverancia. ¿Cómo sabemos que San Pedro se convirtió? Bien se dice que Jesús le miró, que San Pedro lloró su pecado (1); mas ¿qué es lo que nos asegura su conversión sino el haber perseverado en la gracia, no pecando jamás? ¿Cómo ocurrió la conversión de San Mateo? Sabemos muy bien que, habiéndole visto Jesucristo en la oficina, le dijo que le siguiese, y en efecto le siguió (2); mas lo que nos certifica que su conversión fué verdadera, es el hecho de no haber vuelto a entrar en su despacho, ni haber cometido en adelante injusticia alguna; en cuanto comenzó a seguir a Jesucristo, ya no le abandonó jamás. La perseverancia en la gracia, el renunciar al pecado para siempre, fueron las señales más ciertas de su conversión. Sí, H. M., aunque vivieseis veinte o treinta años en la virtud y en la penitencia, si no perseveraseis, todo lo habríais perdido. Sí, dice

(1) Et conversus Dominus respexit Petrum... et egressus foras Petrus flevit amare (Luc., XXII, 61-62).

(2) Surgens secutus est eum (Luc., V, 27-28).

un santo obispo a su pueblo, aunque hubieseis repartido todos vuestros bienes a los pobres, aunque hubieseis desgarrado y ensangrentado vuestro cuerpo, aunque hubieseis, vos solo, sufrido tanto como todos los mártires juntos, aunque hubieseis sido deshollado como San Bartolomé, aserrado entre dos tablas como el profeta Isaías, asado a fuego lento como San Lorenzo; si, a pesar de todo esto, os faltase la perseverancia, esto es, recayeseis en alguno de los pecados ya confesados, y la muerte os sorprendiese en tal estado, todo estaría perdido para vos. ¿Quién de nosotros será salvo? ¿Aquel que habrá luchado cuarenta o sesenta años? No, H. M. ¿Será, pues, aquel que habrá encañecido en el servicio del Señor? No, H. M., si le falta perseverancia como faltó a Salomón, de quien dice el Espíritu Santo que era el más sabio de los reyes de la tierra (1); el cual parece que debía tener bien asegurada su salvación y, sin embargo, nos deja sobre este punto en una gran incertidumbre. Saúl nos presenta aún una imagen más espantosa. Escogido por Dios para que reinase sobre su pueblo, colmado con toda suerte de favores, muere como un réprobo (2). «¡Ah! ¡desgraciado! nos dice San Juan Crisóstomo, anda con cuidado en no despreciar la gracia de tu Dios, una vez la hayas recibido. ¡Ah! yo tiemblo al considerar cuán fácilmente el pecador recae en el pecado del cual se confesó; ¿cómo se atreverá a pedir de nuevo perdón?».

Sí, H. M., para no recaer en el pecado, os bastaría, con el auxilio de la gracia, comparar la desgraciada situación a que el pecado os tenía reducidos, con aquel estado en que os coloca la gracia. Sí, H. M., el alma que recae en pecado, entrega su Dios al demonio, se

(1) III Reg., IV, 31.

(2) I Reg., XXXI, 6.

convierte en su verdugo, y le crucifica en su corazón ; arrebatada su alma de las manos de su Dios, la arrastra al infierno, la entrega al furor y rabia de los demonios, le cierra las puertas del cielo, y hace que sirvan para su condenación todos los sufrimientos de su Dios. ¡ Ah ! Dios mío, ¿quién, al hacer estas reflexiones, podría volver a cometer un solo pecado? Escuchad, H. M., estas terribles palabras del Salvador (1) : «Aquel que habrá luchado hasta el fin, será salvado». Al considerar esto, H. M., temblemos los que caemos a cada instante. Nunca será para nosotros el cielo, si no tenemos mayor firmeza que la que hemos mostrado hasta el presente. Mas no está aún todo aquí. ¿Fueron bien hechas vuestras confesiones? pues podría muy bien ser que perseveraseis en la práctica de la virtud y os condenaseis (2). ¿Habéis tomado siempre todas las precauciones debidas para hacer bien la confesión y la comunión? ¿Examinasteis bien vuestra conciencia antes de acercaros al tribunal de la Penitencia? ¿Declarasteis rectamente vuestros pecados tal como estaban en vuestra conciencia, sin decir, acaso, que tal cosa no era mala, que lo otro no es nada, o «lo diré otra vez»? ¿Tuvisteis verdadera contrición de los pecados, tan indispensable para que nos sean perdonados? ¿La pedisteis con fervor a Dios al salir del confesonario? ¿Habráis preferido la muerte antes que volver a cometer los pecados de que os acababais de confesar? ¿Tenéis la firme resolución de no volver a ver aquellas personas con las cuales obrasteis el mal? ¿Dais testimonio al Señor de que, si debíais volver a ofenderle, preferiríais

(1) Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit. (Marc., XIII, 13).

(2) El contexto parece referirse mejor a la perseverancia en la práctica de la piedad que a la perseverancia en la práctica de la virtud, según lo indican estas palabras : «¿Fueron bien hechas vuestras confesiones?... Y más abajo : «¿Habéis tomado todas las precauciones debidas para hacer bien la confesión y la comunión?» O ¿es que el santo autor quiere hablar únicamente de una perseverancia aparente?

antes que os enviase la muerte? Y, sin embargo, aunque tengáis todas estas disposiciones, temblad siempre, vivid entre una especie de desesperación y de esperanza. Estáis hoy en amistad con Dios, mas temblad, ya que mañana tal vez mereceréis su odio y seréis reprobados. Escuchad a San Pablo, aquel vaso de elección, escogido por Dios para llevar su nombre delante de los príncipes y reyes de la tierra, que había conducido tantas almas a Dios, y cuyos ojos se anublaban a cada momento, a causa de la abundancia de lágrimas que derramaba; pues bien, repetidamente exclamaba: «¡Ay! no ceso de tratar duramente mi cuerpo, y reducirle a servidumbre, pues temo que, después de haber predicado a los demás y haberles mostrado los medios de ir al cielo, no sea yo desterrado de allí y caiga en reprobación» (1). En otro pasaje parece tener mayor confianza, mas ¿sobre qué está fundada tal confianza? «Sí, Dios mío, exclama, soy como una víctima a punto de ser inmolada, pronto mi alma y mi cuerpo se separarán, conozco que no voy a vivir mucho tiempo; mas lo que me inspira confianza, es el haber seguido siempre los movimientos de la gracia que Dios me ha enviado. Desde el momento en que tuve la suerte de convertirme, he guiado hacia Dios tantas cuantas almas me ha sido posible, he luchado siempre, he hecho una guerra continuada a mi cuerpo. ¡Ah! ¡cuántas veces he pedido a Dios la gracia de librarme de este miserable cuerpo, siempre inclinado al mal! (2); por fin, gracias a mi Dios, voy a recibir *la recompensa del que ha luchado y perseverado hasta el fin* (3)». ¡Oh Dios mío! ¡cuán pocos son los que perseveran, y por consiguiente, cuán pocos los que se salvan!

(1) Castigo corpus meum, et in servitutem redigo: ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar (I Cor., IX, 27).

(2) Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me (II, Cor., XII, 8).

(3) II Tim., IV, 8.